



UNA REVISIÓN DEL CONCEPTO DE “LULISMO”: LA INTERPRETACIÓN DE ANDRÉ SINGER

ARIEL ALEJANDRO GOLDSTEIN*

A modo de introducción: interpretaciones del gobierno Lula

En este trabajo nos proponemos realizar una revisión acerca de las características y repercusiones de un concepto que ha adquirido relevancia en la definición de lo que ha sido la experiencia política hegemónica de los últimos años en la política brasileña: lo que varios autores han convenido en denominar el “lulismo”.

Por la densidad política que combinaban la historia de construcción de su liderazgo y la trayectoria de su partido, la llegada en enero de 2003 al Palacio del Planalto de Luis Inácio “Lula” da Silva representando al Partido de los Trabajadores (PT), supuso un momento significativo de la política brasileña reciente. A partir de entonces comenzó un proceso de institucionalización de una nueva clase política en el poder, el cual produjo importantes mutaciones, tanto al interior del PT, como en la relación que se estableció desde 2003 entre la clase gobernante y los distintos sectores de la sociedad. Estas mutaciones fueron interpretadas de diferentes modos por los intelectuales brasileños. Entre la crítica a lo que era interpretado como una traición del PT a sus reivindicaciones programáticas históricas por parte de cierta intelectualidad de izquierda¹ y la crítica a la falta de institucionalidad del gobierno por parte de cierta intelectualidad social-liberal², una parte significativa de los intelectuales brasileños manifestaron sus discordancias con este proceso. De este modo lo expresaba el sociólogo brasileño Francisco “Chico” de Oliveira:

*Becario de Posgrado del CONICET en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe - IEALC (FSOC-UBA). Correo Electrónico: arielgoldstein@hotmail.com

¹ Una importante ruptura producida en este sentido fue la de Francisco “Chico” de Oliveira, sociólogo y fundador del partido, que realizó un movimiento similar al de los militantes denominados “radicales del PT” (Joao Batista de Araújo (Babá) (PA), Luciana Genro (RS) y especialmente la Senadora Heloísa Helena (AL)), quienes denunciaron la traición del partido a sus banderas históricas y luego de la ruptura impulsaron la creación en 2004 del *PSOL* (Partido Socialismo e Liberdade). A pesar de ello, resulta importante destacar la presencia de importantes intelectuales ligados al PT que continuaron apoyando al gobierno brasileño, los más importantes de ellos son probablemente Emir Sader, Marilena Chauí y Wanderley Ghillerme Dos Santos. Su apoyo fue importante especialmente en 2005, cuando el gobierno de Lula experimentó una dura crisis política a partir del denominado escándalo del “mensalao”.

² En este lugar podría situarse la crítica de lo que Francisco “Chico” de Oliveira denomina como la intelectualidad “fernandista”, por su cercanía con el ideario del ex presidente Fernando Henrique Cardoso y el Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB). Un ejemplo de esta posición está representada por el fundador del PT José Álvaro Moisés, luego alejado del partido y cercano al PSDB. Una aproximación a estas posiciones resulta identificable en: “O presidente Lula passou dos limites”, *O Estado de São Paulo*, 09/12/2010. Disponible en: <http://www.estadao.com.br/noticias/impreso,o-presidente-lula-passou-dos-limites,607186,0.htm>. Fecha de consulta: 31/08/2012.



“Es difícil encontrar hoy a algún intelectual que sea un verdadero militante del PT. Hay algunos que circulan por allí –como André Singer, que es una rara avis-, que tienen una postura muy crítica en relación con su propio partido y el lulismo, pero siguen siendo del PT. No hay muchos que estén en esa posición, una postura abierta en relación al partido” (De Oliveira, 2011; 73)

Durante el período que abarcó los dos mandatos presidenciales de Lula (2003-2010), la caracterización de su gobierno fue objeto de numerosos debates. Entre la multiplicidad de interpretaciones que sobrevinieron sobre este nuevo liderazgo y su relación con la sociedad brasileña, dos interpretaciones resaltaron, con el tiempo, por su capacidad explicativa. En la reunión entre ambas se destacaban, como señaló Perry Anderson (2011), los claroscuros de este complejo y contradictorio proceso político³. A nivel cronológico, una primera interpretación relevante fue la de Francisco de Oliveira, quien sugirió conceptualizar al gobierno de Lula a partir de su definición de “hegemonía a la inversa”, caracterizando el proceso como una cesión de la administración del *statu quo* de los dominadores a los dominados. Una segunda interpretación fue la de André Singer (2009), quien ha formulado su concepto de “lulismo” para explicar el “relineamiento electoral” que expresa una mutación en la base social del gobierno e implicaría la construcción de un nuevo liderazgo por parte del popular líder nordestino.

El propósito de este trabajo radica en realizar una revisión sobre las características del concepto de “lulismo” postulado por esta segunda interpretación de Singer, lo cual nos llevará a referirnos a ciertos debates críticos del período que involucraron a otros intelectuales.

André Singer: el “lulismo” como retorno del populismo

André Singer fue portavoz de Lula durante la campaña presidencial de 2002. Su desempeño en el cargo lo llevó luego a convertirse en Portavoz de la Presidencia durante el

³ Como señala Conti al respecto:

“El antagonista explícito de *Lulismo* [el nuevo libro de Singer], nombrado por el propio André Singer, es el sociólogo Francisco de Oliveira. La discordancia entre ambos dice respecto a la caracterización del resultado social de los gobiernos Lula. Para Singer, como se dijo, la fase es de progreso, de incorporación de los trabajadores en la vida nacional. A pesar de que el progreso sea lento y precario, hay una caída real en la desigualdad.

Para Oliveira, la fase es de regresión. Con la economía de los centros capitalistas en una fase de revolución científica y tecnológica, los programas asistenciales brasileños mantienen a los trabajadores al margen del progreso real. De este modo, los gobiernos petistas aceptan la desindustrialización y el atraso social. Disminuir la desigualdad en ese cuadro es una quimera: los super-ricos brasileños existen porque existen los super-pobres. Una condición no existe sin la otra”. Conti, Mauro Sergio: “Marcha a ré para a frente”, *Revista Piauí*, Edición 72, Septiembre de 2012.



primer gobierno del ex presidente (2003-2006). Posiblemente, esta experiencia le permitió a Singer una reflexión acerca de la relación entre la especificidad del liderazgo ‘lulista’ y el lazo de identificación que éste produjo en las masas populares empobrecidas del Nordeste. En este sentido se ha expresado en diferentes entrevistas:

“pienso que el presidente tiene una óptima comunicación con la población, sobre todo la de menor salario. El es un gran comunicador y tiene una forma directa de dirigirse a la población” (Singer, 2010; 530).

“En cuanto a la cuestión de la comunicación directa, creo que existe, o sea, el ex presidente Lula es un gran comunicador popular, el hecho de haber nacido en el Nordeste, de haber sido el primer presidente que hubo pasado por la experiencia directa de la miseria brasileña no es algo de menor importancia, es algo significativo” (Singer, 2012).

Para explicar el vínculo de identificación que se constituyó entre el liderazgo de Lula y una base popular sustancialmente anclada en el Nordeste brasileño, Singer utilizó el concepto de “subproletariado”, en referencia a una categoría elaborada por Paul Singer. Esta categoría de “subproletariado” aspiraba, desde una postura marxista, a caracterizar a las masas populares en su especificidad periférica de acuerdo a las características de nuestra región latinoamericana. Así, a diferencia del proletariado clásico marxista, el “subproletariado” se definiría por su no encuadramiento colectivo y por su atomización, dada su condición pauperizada en el interior de la estructura económica. Según Paul Singer, subproletarios son aquellos que “ofrecen su fuerza de trabajo en el mercado sin encontrar quien esté dispuesto a adquirirla por un precio que asegure su reproducción en condiciones normales” (Singer P, 1981: 22)⁴.

Analizando las transformaciones que el gobierno de Lula produjo en las relaciones entre las clases sociales, André Singer ha postulado la hipótesis de un “realineamiento electoral” que se ha producido a partir del denominado escándalo del “mensalao”⁵ de 2005. A

⁴ Agrega André Singer que “a pesar de que no disponemos de una actualización del trabajo realizado por Singer [Paul], la lógica permite suponer que los procesos de aumento de la productividad, desindustrialización, desempleo estructural, subempleo, precarización del trabajo en general y crecimiento de la pobreza que acompañaron la implantación del neoliberalismo en los años ’90 han, como mínimo, mantenido la proporción de subproletarios en el proletariado en general” (Singer, 2009: 98).

⁵ “El estallido de la “crisis del Mensalao” comenzó en mayo de 2005 a partir de una serie de denuncias del diputado Roberto Jefferson (PTB-Río de Janeiro), que era parte de la coalición gubernamental. En una entrevista de Jefferson el 6 de junio de ese año en la *Folha de S. Paulo*, éste acusó al Partido de los Trabajadores de estar pagando una mensualidad –de allí el nombre “mensalao”– a los parlamentarios de la base aliada a cambio de apoyo al gobierno de Lula en el Congreso. Este acontecimiento redefinió las relaciones entre la oposición y el gobierno brasileño. La conmoción que la sobreexposición mediática intencionada de este escándalo produjo en la opinión pública tuvo por efecto una importante erosión del capital político del gobierno –generando la renuncia de cuadros históricos del partido como el entonces jefe de Gabinete José Dirceu y el entonces presidente del partido José Genoíno– así como la apertura de varias Comisiones Parlamentarias de Investigación (CPI) encargadas de investigar los acontecimientos en el Congreso”, Goldstein Ariel “Un caso de sobreexposición mediática” en *Página/12*, 02/08/2012.



partir de este acontecimiento, que implicó la más dura crisis política que experimentaron tanto el gobierno de Lula como el PT durante el período en cuestión, el autor identifica que se produjo una mutación en la base electoral del gobierno: cierta defección en los sectores medios y una mayor adhesión en los sectores populares del “subproletariado”, principalmente anclados en el Nordeste brasileño. Esta mutación en la base social del gobierno daría nacimiento al fenómeno del “lulismo”, que implica una nueva y específica relación de Lula con las masas de bajos salarios del Nordeste, en relativa autonomía respecto de las directivas de su partido político. De este modo, la base electoral del gobierno ha experimentado una importante mutación entre 2002 y 2006. Así lo ha referido el autor:

“en ausencia de un avance de la izquierda, el primer mandato de Lula terminó por encontrar otra vía de acceso al subproletariado, amoldándose a él, más que modelando, pero al mismo tiempo, constituyéndolo como actor político. Eso implicó un realineamiento del electorado y la emergencia de una fuerza nueva, el lulismo, tornando necesario un reposicionamiento de los demás segmentos” (Singer, 2009; 99).

Esta emergencia del “lulismo”, que implica esta especial relación de autonomía del líder brasileño sobre el *Partido dos Trabalhadores* -en base al lazo de identificación constituido con las masas de más bajos salarios del Nordeste-, Singer la interpreta como *un retorno del populismo*, el cual evoca resonancias de la Era Vargas. El lulismo transformaría a Lula, que comanda este proceso, en un nuevo “padre de los pobres”. Esta interpretación se constituye notoriamente en contra de las caracterizaciones de ciertas corrientes institucionalistas en el análisis de los procesos políticos latinoamericanos, que identifican el caso brasileño justamente en oposición a los gobiernos “populistas” de Venezuela, Bolivia y Ecuador.

A diferencia de estas últimas corrientes mencionadas, este analista y activo participante del período identifica el signo de lo popular como una marca distintiva del proceso brasileño:

“*Lo popular*, que había quedado fuera de moda, sea por la retórica de la modernización, al centro, sea por el discurso de clase, a la izquierda, está de vuelta. A diferencia de la experiencia pessedebista, el “Real de Lula” vino acompañado de un mensaje que tiene sentido para los de menor renta: por primera vez el Estado brasileño mira para los más frágiles y, por lo tanto, se popularizó” (Singer, 2009; 101).

Al evocar la figura del Plan de Estabilización del Real, Singer se refiere a una política institucionalizada desde la presidencia de Fernando Henrique Cardoso (1994-2002), donde se produjo un plan de estabilización de la moneda nacional para reducir la importante inflación que había acompañado la redemocratización brasileña⁶.

⁶ Dada la importancia del Plan Real implementado por Cardoso para la economía brasileña, Lula y su partido debieron atravesar un largo aprendizaje político en el tramo de las elecciones disputadas en el período 89-98, durante el cual vieron rechazadas sus posibilidades de acceso al poder por el temor al cambio y la inestabilidad que inspiraban en parte de los sectores populares y medios. Fue preciso entonces comprometerse a respetar la ortodoxia económica legada por el gobierno anterior, ir ampliando el marco de alianzas partidarias y flexibilizar el discurso ideológico hasta llegar al 2002, cuando la moderación generó la aceptación de una porción importante del electorado compuesta de sectores medios. En este sentido, Singer marca las tensiones que experimentó el gobierno de Lula en



El populismo que Singer observa en la experiencia brasileña tiene sin duda sus particularidades. Se encuentran aquí los rasgos de un proceso que podríamos caracterizar de “populista con características institucionales”. Según Singer, el “lulismo” ha combinado estabilidad económica con redistribución y cambio, produciendo cambio dentro del orden, lo que atrae especialmente a sectores de baja renta, temerosos de fuertes cambios en la reproducción del orden social que afecten su vida cotidiana. Han sido éstos los principales electores de Lula en los últimos años. Parecería ser que esas políticas de distribución económica exigen ser realizadas en un marco de cierta estabilidad para resultar atractivas electoralmente para los sectores más bajos de la población. Desde este punto de vista, la originalidad de este proceso reside para el autor en que:

“Al incorporar tanto los puntos de vista conservadores, principalmente que la conquista de la igualdad no requiere un movimiento de clase auto-organizado que rompa el orden capitalista, como los progresistas, de que un Estado fortalecido tiene el deber de proteger a los más pobres, independientemente del deseo del capital, el encontró en símbolos de los años de 1950 la gramática necesaria. La antigua noción de que el conflicto entre un Estado popular y las elites antipueblo se sobreponía a todos los otros podrá caer como un guante para el próximo período. Ahora enunciada por un nordestino salido de las entrañas del subproletariado, gana una legitimidad que tal vez no haya tenido en la boca de estancieros *gaúchos*. Por eso, si la hipótesis del realineamiento se confirma, el debate sobre el populismo resurgirá de las capas pre-sal anteriores a 1964, en donde parecía destinado a dormir para siempre” (Singer, 2009; 102).

Son la popularización del Estado, que incorpora de forma atomizada y constituye a los sectores populares como sujetos en los cuales se referencia, así como una actualización del clivaje “pueblo-oligarquía” característico del populismo varguista⁷, aquellos rasgos del

sus comienzos: “la continuidad del paquete “FHC” fue puesta por la burguesía como condición de que no hubiera “guerra” de clases y el consecuente riesgo del gobierno de ser acusado de destruir el Real” (Singer 2009: 97).

⁷ En un trabajo clásico sobre la aparición del populismo en la política brasileña centrado en explicar la emergencia del varguismo, Francisco Weffort busca captar el movimiento contradictorio de la politización y la activación que produce el fenómeno populista al señalar que “lo que esta relación paternalista entre líder y masas contiene esencialmente, desde el punto de vista político, es, a pesar de la asimetría típica de todo paternalismo, el reconocimiento de la ciudadanía de las masas, el reconocimiento de su igualdad fundamental dentro del sistema institucional” (Weffort, 1999; 147). Esta ambigüedad queda plenamente reflejada en que según la visión de Weffort, el populismo representaba “un mecanismo a través del cual los grupos dominantes ejercían su dominación y, a la vez, un medio de amenazar potencialmente esa dominación” (Weffort, 1999; 136). A partir de entonces, la presión popular de las masas sobre las estructuras del estado se convertirá en un factor determinante del proceso político y “las formas de adquisición o de preservación del poder estarán cada vez más impregnadas de la presencia popular” (Weffort, 1999; 142). En este contexto, “condicionadas desde el comienzo por la crisis interna de los grupos dominantes, las masas populares urbanas penetran en la política brasileña. Ellas representan la única fuente social posible de poder personal autónomo para el gobierno y, en cierto sentido, se transformarán en la única fuente posible de legitimidad para el Estado mismo” (Weffort, 1999; 144).



“lulismo” que Singer identifica para sostener su tesis de un retorno del populismo. El autor, en uno de los puntos más controversiales de su interpretación, recurre a un liderazgo del pasado como el de Vargas para ilustrar la originalidad del fenómeno que según su visión permite comprender el actual proceso político brasileño.

El debate sobre los antecedentes del “lulismo”: Vargas y Roosevelt

A partir de su aparición en 2009, las tesis de Singer acerca del nuevo tipo de liderazgo encarnado por Lula en relación con su base social han sido incorporadas en los debates de las ciencias sociales brasileñas por su originalidad para la reflexión sobre el fenómeno. Parte de estos debates han girado en torno al hecho de que, en diferentes artículos donde desarrolla su tesis, el autor ha pensado el “lulismo” en comparación con el populismo varguista y con la experiencia de Roosevelt en Estados Unidos. De esta manera, las comparaciones a las cuales el autor ha recurrido para señalar similitudes con su objeto de investigación han suscitado en general mayores cuestionamientos que la interpretación misma sugerida sobre el “lulismo”.

Una importante diferenciación en este sentido ha provenido de un reciente artículo en la *Revista del Centro de Estudos de Análise e Planejamento (CEBRAP)*, donde el historiador marxista inglés Perry Anderson elogia el carácter explicativo de la hipótesis del “relineamiento” de Singer, pero niega cierta línea de continuidad que el autor parece establecer entre la figura de Lula y la propia de Getúlio Vargas⁸:

⁸ Este tipo de reflexión que plantea la continuidad entre el legado de Getúlio Vargas y el gobierno de Lula, se encuentra presente en otros importantes intelectuales brasileños, como es el caso de Emir Sader. Señala este autor:

“La derecha brasileña nunca -hasta hoy- se recuperó de la derrota sufrida con la victoria de Getúlio en 1930, con la construcción del Estado nacional, del proyecto de desarrollo económico con distribución de la renta, del fortalecimiento del movimiento sindical y de la ideología nacional y popular que acompañó esas iniciativas. Fue una derecha siempre anti-getulista, anti-estatal, anti-sindical, anti-nacional y anti-popular. Getúlio era su diablo -así como Lula ocupa ahora ese papel-, quien representaba la derrota de la burguesía paulista, la economía exportadora, de las oligarquías que habían gobernado el país excluyendo al pueblo durante décadas. La derecha fue golpista desde 1930, comenzando por el movimiento -llamado por Lula de golpista y contrarrevolucionario- de 1932, que hasta hoy define a la derecha paulista, con su racismo, su separatismo, su sentimiento profundamente antipopular.” Emir Sader: “O Golpe, a ditadura e a direita brasileira” 28/03/2012 en *Blog do Emir*. Disponible en http://www.cartamaior.com.br/templates/postMostrar.cfm?blog_id=1&post_id=931. Último acceso: 21/08/2012.

Las resonancias históricas que vinculaban la experiencia de Lula con Vargas en relación con la resistencia de la clase dominante frente a las reformas populares –el retorno del clivaje varguista “pueblo-oligarquía”- estuvieron presentes en el discurso presidencial, especialmente durante la crisis política del “mensalao” en 2005, durante la cual Lula acusó a la oposición política de “lacerdismo” en referencia a Carlos Lacerda, político y periodista brasileño que realizó una cruda oposición al segundo gobierno de Vargas (1951-1954), formando parte del escenario de acontecimientos que condujeron a su suicidio. Es posible que ciertos intelectuales hayan contribuido también a esta operación del gobierno Lula que consistía en una reapropiación del pasado que sitúa a la “historia como forma de la política” (Aboy Carlés, 2001). A esto se refería el director del Instituto Fernando Henrique Cardoso ligado al PSDB, Sergio Fausto, en una entrevista que le fue realizada durante mi estadía de investigación: “A



“las comparaciones con Vargas, para no hablar de Perón, eran el blanco. Las diferencias en las formas de gobierno entre ellos y Lula son fundamentales. Ni que los grandes adeptos del populismo en Brasil y Argentina fueran tan parecidos. La retórica de Vargas era paternalista y sentimental, la de Perón, exaltada y agresiva, en su relación con las masas era bien distinta. Vargas construyó su poder incorporando trabajadores recién urbanizados en el sistema político, como beneficiarios pasivos de sus cuidados, con una legislación laborista proteccionista y una sindicalización castrada desde la cima para abajo”

“El ejercicio de poder de Lula no envolvió nada de eso. Su ascenso fue basado en un movimiento sindical y un partido político mucho más moderno y democrático que cualquier cosa que Vargas o Perón habían alguna vez imaginado. Pero en la época en que él ganó la presidencia, en su cuarto intento, el PT había sido reducido en gran parte a una máquina electoral. Una vez en el poder, Lula no movilizó y tampoco incorporó el electorado que lo había aclamado. Ninguna conformación estructural nueva le dio forma a la vida popular. La marca de su gobierno fue, por el contrario, la de la desmovilización” (Anderson, 2011; 33)

“tampoco las formas de clientelismo características del populismo clásico fueron reproducidas. El Bolsa Familia es administrado de forma impersonal, libre de los sistemas capilares del clientelismo” (Anderson, 2011; 34).

Al diferenciar la especificidad del “lulismo” respecto de los populismos clásicos latinoamericanos⁹, Anderson rescata lo específico de esta experiencia y la sustrae de ciertas comparaciones que reducen su peculiaridad. La ausencia de clientelismo, por lo menos en comparación con los gobiernos de Getulio Vargas, donde primaba una relación paternalista

partir de 2004 el país comienza a crecer de nuevo y hay un movimiento de movilidad social ascendente importante y Lula tiene una capacidad de comunicación simbolizando ese movimiento de ascenso social de los de abajo. Eso permitió neutralizar las oposiciones y caracterizarlas como una especie de grupo elitista que se vale del tema de la corrupción con el único propósito de provocar un daño político a un presidente comprometido con las causas populares. Esa fue una operación política que surtió efecto, y que contó con algunos intelectuales que tuvieron un papel importante en ese proceso. El escenario político que se armó encontraba algún paralelo histórico con el período de Vargas. En el período de Vargas existía la UDN, que era un partido de clase media liberal-conservador. Getúlio, con un estilo populista corporativo, tenía un enraizamiento en el sector trabajador que era importante y articulaba un discurso dirigido a las masas trabajadoras de Brasil. Y la UDN de hecho fantaseaba con el golpe militar. Entonces, cuando se configuró esta batalla política más reciente entre un presidente de origen popular y el principal partido de oposición [se refiere al PSDB], que era un partido de clases medias, algunos intelectuales, cuya expresión más importante fue Wanderley Ghillerme Dos Santos, que es un intelectual importante de Río, construyeron la tesis de que la vieja UDN había vuelto. Eso tuvo peso en la construcción de un discurso que neutralizó a la oposición” Entrevista a Sergio Fausto, director del Instituto Fernando Henrique Cardoso, San Pablo, 10/04/2012.

⁹ De acuerdo con cierto consenso de los latinoamericanistas, cuando se habla de populismos clásicos de los años 30' y '40 en América Latina nos referimos a los gobiernos de Perón en Argentina, Vargas en Brasil y Cárdenas en México. Para este tema ver Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto, "Los complejos de la Cenicienta", en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*, Buenos Aires: Eudeba, 1999.



con respecto a las estructuras sindicales ancladas en el Estado, constituye para Anderson una importante diferencia¹⁰.

En un artículo publicado en 2010 en la revista *Pianuí*¹¹, Singer esboza una nueva comparación y asemeja el proceso liderado por el ex presidente brasileño con el propio de Franklin D Roosevelt en Estados Unidos, quien implementó los programas del New Deal de cuño intervencionista como respuesta a los efectos de la crisis bursátil de 1929. Sin embargo, en esta misma revista, las comparaciones planteadas por Singer fueron criticadas por dejar de lado el análisis sobre el carácter democrático o no de estos fenómenos y las divergencias entre el contexto de asunción de Roosevelt y Lula¹². En este sentido, Marcos Nobre realizó una crítica respecto de las posibilidades de efectuar una comparación entre el período de Lula y el período de Roosevelt:

“La comparación con el New Deal parece descolocada por varias razones. Comenzando por el hecho de que, en los Estados Unidos, éste siguió nada menos que a la crisis de 1929. Al contrario de Obama ahora, Roosevelt llegó tres años después de la mayor catástrofe económica de la historia del capitalismo en tiempos de paz y encontró el terreno propicio – no obstante la derrota histórica en las elecciones legislativas de 1938 – para alcanzar un nuevo gran acuerdo social. Sin hablar del hecho elemental de que el nivel de desarrollo social, económico y democrático de los Estados Unidos pre-1929 no tiene base de comparación con el Brasil de 2002. Y, todo sumado, un vaivén entre el New Deal, Lula y el *Estado Novo* ni de lejos puede ser considerada como una operación inofensiva.

De cualquier modo, está ausente la referencia a la democracia y a una cultura política democrática – tanto en el caso de los Estados Unidos como en el caso de Brasil. Como si la presencia o ausencia de la tradición y de la práctica democrática no fuera un elemento estructural para pensar cualquier aproximación o comparación entre situaciones sociales e históricas distintas. [...] Surge como un economicismo de nuevo tipo. No apenas por ignorar el papel de las instituciones y de una cultura política democrática – fenómenos “super-estructurales”, como se acostumbraba decir en la vieja jerga marxista –, sino por reducir la política al reflejo de una población que compra y consume”¹³.

¹⁰ En una línea inversa con Perry Anderson, que niega la comparación por la negativa frente a Lula, se inscriben las consideraciones de Chico de Oliveira, quien señala:

“Generalmente, se compara a Lula con Vargas. Esa comparación es impropia porque Lula no es un institucionalizador, mientras que Vargas lo fue. Todas las modernas instituciones del Estado brasileño son de origen varguista, pero Vargas colocó la política social en el centro del debate político, hacía las reformas al estilo de una revolución pasiva. Actualmente, ya no el tema de la desigualdad o de una política social estructural sino el tema de la política contra la pobreza ocupa el centro de la agenda política brasileña, es por ahí que se construye el lulismo” (De Oliveira; 2011; 69)

¹¹ Singer, André; “O lulismo e seu futuro”, Revista *Pianuí*, Edición 49, Octubre de 2010.

¹² Nobre, Marcos: “O fim da polarização”, Revista *Pianuí*, Edición 51, Diciembre de 2010.

¹³ Otra crítica en este sentido es realizada por Mario Sergio Conti: “*Lulismo* avanza entonces con otra analogía. Con el realineamiento electoral de 2006, confirmado con la elección de Dilma Rousseff, la



En el caso de Nobre, la crítica que pretende invalidar la comparación sugerida por Singer se estructura sobre los distintos contextos económicos entre Estados Unidos 1929 y Brasil 2002, así como sobre las diferencias entre los regímenes dictatoriales y democráticos - diferencia entre Vargas y Lula-. Sin embargo, es posible señalar en favor de Singer que Vargas tuvo un segundo gobierno para el cual fue elegido de forma democrática. Por otra parte, podemos agregar a la reflexión que seguramente los significados del término “democracia”, así como la legitimidad de esta concepción a nivel occidental resultaban sensiblemente distintos en 1930 y en 2002. De este modo, mientras que una opción sería descartar en función de la heterogeneidad de contextos y situaciones una comparación entre Lula y Vargas, otra posibilidad sería efectuar esta comparación teniendo en cuenta ciertos recaudos y diferencias políticas e históricas.

En resumen, si bien la caracterización de Singer ha resultado un aporte indispensable para comprender la nueva base de sustentación política y electoral del proceso brasileño¹⁴, lo que genera mayores divergencias es la cuestión de la comparación con otras experiencias históricas y herencias a partir de las cuales identificar al gobierno Lula.

Es posible afirmar que si Singer recurre a Vargas y Roosevelt para pensar en fenómenos similares al lulismo, sus análisis dejan de lado la influencia del liderazgo de Lula en varios países latinoamericanos contemporáneos. Quizás un aspecto interesante pero no suficientemente atendido del fenómeno del lulismo resida justamente en su innovación dentro de las experiencias políticas en América Latina, al instaurar un nuevo tipo de liderazgo que ha logrado producir una exitosa sucesión, así como convertirse en referencia para otros políticos de la región al combinar una especial composición entre cambio y orden, identificación popular e institucionalidad. Esta última característica dificulta justamente las comparaciones

nueva organización de clases abrió un período duradero en Brasil. Esa situación histórica tendría una semejanza con el New Deal, el “nuevo acuerdo” hecho por el presidente F. D. Roosevelt en los años 30, que combatió la recesión económica, suprimió la extrema pobreza y reconfiguró la economía americana.

La analogía no funciona con la fuerza de la anterior [...]. Ella es más una especulación mal construida que esclarecimiento real. Eso ocurre porque la imagen literaria de Marx –el campesinado como saco de batatas– es una metáfora sugestiva, fruto de un análisis político histórico y materialista, que adquirió un lugar destacado entre los conceptos de la política moderna. Pero el New Deal fue un conjunto de situaciones y medidas gubernamentales. No es una categoría política”.

¹⁴ Resulta necesario añadir que en un artículo posterior -“A segunda alma do Partido dos Trabalhadores” en *Novos Estudos Cebrap*, v.88, 2010-, Singer relativiza el proceso de identificación de los sectores de más baja renta con la figura de Lula como aquello que provee autonomía a su liderazgo por encima del partido. En esta ocasión, el autor señala que el partido se populariza porque ingresan nuevos militantes que provienen justamente de esos sectores, así como comienzan a adherir no sólo al liderazgo de Lula sino a identificarse con la estructura del partido. Esta cuestión constituiría otra prueba de la necesidad de pensar el proceso brasileño como un liderazgo popular de características institucionales.



con experiencias anteriores¹⁵, aunque podría indicar sobre la pertinencia de explorar las experiencias latinoamericanas contemporáneas para encontrar las particularidades de la experiencia lulista.

Palabras finales

Como resulta visible en este trabajo, el concepto de “lulismo” de André Singer ha resultado de una importante potencialidad para comprender las ambigüedades y contradicciones de la experiencia brasileña de los últimos años. Los atributos propios de este concepto, como la idea de un realineamiento electoral en los términos de “pueblo-oligarquía”, la caracterización del fenómeno como un liderazgo popular que combina cambio y estabilidad en continuidad con la tradición brasileña de reducción del antagonismo (“orden y progreso”) (Anderson, 2011) han resultado elementos originales de esta interpretación. De este modo lo resume Mario Sergio Conti:

“La representación política en la cual una masa popular delega al líder el papel de representarla parece reflejar la situación de Lula en su segundo mandato. Ese apoyo pasivo le dio condiciones de conceder beneficios a los super-pobres. Y también de atender a los reclamos de los super-ricos, en la forma de una ampliación del mercado propiciada por el Bolsa Familia y con la concesión de mayores ganancias rentistas al capital financiero. El líder así se alzó del suelo de las clases, colocándose encima de ellas con su política de conciliación” (Conti, 2012)

¹⁵ En abril de 2009, en una reunión del G-20, el presidente estadounidense Barack Obama, al encontrarse con Lula, señaló: “éste es el hombre” para asegurar que “Lula es el político más popular de la tierra”. Ya en octubre del mismo año, cuando se desarrollaba la campaña electoral en Uruguay y promediaba la segunda presidencia del líder nordestino, Mujica declaró "mi modelo es Lula, porque usa esa metodología de ubicar en el centro la negociación política permanente. Yo no quiero atomizar el país".

En abril de 2011, Humala fue un poco más allá: no solo declaró que “si hay un modelo a seguir es el de Lula Da Silva en Brasil”, sino que su campaña fue “lulizada” bajo el asesoramiento de expertos en marketing político ligados estrechamente al Partido de los Trabajadores brasileño. La asociación que estos asesores produjeron entre las características de Humala y la figura de Lula fue clave en aquel momento electoral para moderar su imagen y desvincular la asociación que la prensa peruana dominante quería construir entre Chávez y Humala como encarnación de un cambio radical.

De esta manera, la apelación de varios políticos a la figura de Lula podría ser interpretada -entre otras- de esta manera: “lulización” podría significar la operación de ciertos candidatos progresistas que moderan sus discursos y programas políticos para atraer a sectores de la sociedad que les serían esquivos en una versión radical, operación de signo “lulista” que también retoma sus rasgos de la tradición brasileña de conciliación, “orden y progreso” y reducción de la irradiación del antagonismo. La “lulización” entonces, podría ser considerada como uno de los momentos de una política progresista, aquel en el cual la competencia electoral fuerza a los candidatos con ambiciones electorales a constituir alianzas hacia el centro para conquistar el voto de ciertos sectores que priorizan la estabilidad. Sin embargo, esta operación requiere, para completarse, de implementar políticas de distribución social para beneficiar a los sectores populares y mantener viva la esperanza del cambio. Finalmente, “lulización” podría significar entonces, y de un modo más general pero no menos significativo, el ejercicio político, desde la izquierda, de estimar las condiciones de la compleja interacción de un liderazgo con la sociedad de la cual se aspira a ejercer su representación.



Para finalizar, y como hemos ya señalado, la pretensión por parte de Singer de concebir al gobierno Lula como un *retorno del populismo* debe ser considerada, aunque quizás sería posible pensar esta experiencia como la emergencia de un *nuevo tipo de liderazgo popular*, que produce una identificación popular pero amparada bajo una importante continuidad a nivel institucional. Desde nuestra perspectiva, la originalidad del liderazgo lulista, que implica en la visión de Singer “cambio dentro del orden”, reside en que el populismo encarnado por Lula no es un populismo como lo “otro” de las instituciones ni posee frente a ellas un carácter vocacionalmente refundacional¹⁶, sino que resulta un liderazgo popular circunscripto a los marcos institucionales vigentes, a la vez que capaz de reformularlos en función de la redistribución social. Allí, en esa combinación entre ambos aspectos, reside posiblemente parte de su originalidad, lo que dificulta su comparación con casos extemporáneos.

El debate sobre el lulismo continúa abierto, y es posible pensar en la productividad de una comparación con las experiencias latinoamericanas contemporáneas y estudios más abarcativos acerca de las limitaciones o alcances de las formulaciones esbozadas por Singer. Nuestro trabajo ha procurado ser, en este marco, apenas una revisión inicial acerca de estos nuevos e interesantes intercambios.

¹⁶ En este punto probablemente resida una importante diferencia entre los gobiernos de Lula y los propios de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador. Mientras que estos liderazgos son claramente caracterizados como liderazgos y procesos de carácter refundacional (Rouquié, 2011), no puede afirmarse lo mismo de los gobiernos de Lula.



Bibliografía

Aboy Carlés, Gerardo (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Anderson, Perry: “O Brasil de Lula” *Novos Estudos Cebrap* 91 – Noviembre de 2011.

Conti, Mauro Sergio: “Marcha a ré para a frente”, *Revista Piauí*, Edición 72, Septiembre de 2012.
de Ciencias Sociales

Mackinnon, María y Petrone, Mario (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cienicienta*, Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Modonesi, Massimo: “El Brasil lulista: una hegemonía al revés. Entrevista a Francisco “Chico” de Oliveira” en *Observatorio Social de América Latina*, Año XII N° 30 - Noviembre de 2011. Consejo Latinoamericano.

Nobre, Marcos: “O fim da polarização”, *Revista Piauí*, Edición 51, Diciembre de 2010.

Singer, André (2009): “Raízes Sociais e Ideológicas do Lulismo” en *Novos Estudos Cebrap*, v.85.

Singer, André (comp.): *No Planalto, com a Imprensa*. Secretaria de Imprensa, Presidencia da República, 2010.

Singer, André: “O lulismo e seu futuro”, *Revista Piauí*, Edición 49, Octubre de 2010.

Singer, Paul: *Dominação e desigualdade*, São Paulo, Paz e Terra, 1981.

Weffort, Francisco. “El populismo en la política brasileña” en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cienicienta*, Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Entrevistas:

Entrevista realizada a Sergio Fausto, director del Instituto Fernando Henrique Cardoso (IFHC), San Pablo, 10/04/2012.

“Cientista político André Singer explica sua tese sobre o lulismo” en *Folha de São Paulo*, 19/08/2012.
Disponible en: <http://www1.folha.uol.com.br/ilustrissima/1139728-cientista-politico-andre-singer-explica-sua-tese-sobre-o-lulismo.shtml>